

ASESINATO EN EL FORO

Era una noche tranquila. El cielo estaba inundado por un gran mar de estrellas. La luna, de un color entre rosado y amarillento, iluminaba las serenas calles de la Antigua Roma mientras sus habitantes caminaban acelerados hacia el evento más prestigioso y solemne del siglo III, los juegos seculares del Templo de Venus y Roma, en el Foro Romano.

Cada año, tras finalizar estos tres días de celebraciones religiosas, se preparaba un gran banquete con el fin de homenajear a todos sus participantes. No era fácil acceder a esta reunión, pues solo asistían las familias más ricas y poderosas de Roma, acompañadas si ellos consentían de sus siervos y gladiadores.

La fiesta había comenzado hacía poco más de una hora. Hasta ese momento, todo parecía ir bien. Los invitados, preocupados únicamente por comer y beber, escuchaban la música mientras disfrutaban de la velada. Pero, de pronto, esa inmensa paz y armonía se resquebrajó en mil pedazos. Un ahogado gritó rompió la calma de un plumazo. De pronto, una joven irrumpió en la sala, y entre hipidos y sollozos, comenzó a gritar

- ¡Mi hermana, mi querida Valeria! ¡ Ha sido asesinada!

El asombro de los invitados fue en aumento, y sus miedos y angustias se desataron.

- Tranquilícese por favor- dijo un edil que se encontraba en la sala-. Yo me ocuparé de investigar todo lo aquí acontecido, así que relájese. Cuénteme detalladamente cómo se han desarrollado los acontecimientos y yo informaré al pretor.
- Está bien, lo intentaré-contestó la joven- Ya había pasado la media noche cuando salimos a dar un paseo. Mi hermana estaba muy nerviosa, y ver las estrellas siempre le ha tranquilizado. Todo parecía normal. Ya estábamos de vuelta cuando Valeria bebió un sorbo de su copa. En aquel mismo instante, su cara se quedó paralizada. Yo le llamaba, incluso llegué a gritar, pero parecía que no oyera nada. Al principio pensé que todo era una broma, que era mentira. Pero, poco a poco, su rostro fue palideciendo, como si de un muro se tratara. Y, finalmente, mis temores terminaron por estallar cuando cayó redonda al suelo. Le he tomado el pulso y he comprobado su respiración, por lo que puedo asegurarles que está muerta- dijo Cecilia entre sollozos-
- Tranquila muchacha, comencemos por el principio. ¿Sabe usted la razón por la que su hermana se encontraba intranquila?
- Sí...bueno...No exactamente. Sé que discutí con Cornelius, su prometido. Pero no sé más.
- ¿Y sabe dónde se encuentra?
- No, la verdad es que desde que salí con mi hermana no lo he vuelto a ver.

- Interesante- dijo el edil entre murmullos - Este caso debe ser investigado de inmediato. Busquen al tal Cornelius e interróguenlo. Mientras tanto, recoged a Valeria y llevadla a un lugar más adecuado. No quiero que se la entierren hasta que encuentren al culpable, por si fuera necesario hacerle alguna prueba más.

Durante horas, estuvieron buscando al joven, pero no lo hallaron por ninguna parte. Era ya el día siguiente cuando, borracho y perdido, apareció por mitad del Foro. En aquel momento, todos los ciudadanos allí presentes se giraron expectantes para ver el espectáculo, y entre risas y cuchicheos, comenzaron a abuchear. El General, aprovechando el que muchacho se encontraba solo y sin ayuda, lo detuvo y se lo llevó para interrogarlo.

Cornelius, debido a su mal estado, no pudo apenas pronunciar una palabra. Pero no hizo falta, pues cuando los ayudantes del General buscaron entre sus pertenencias, encontraron un pequeño frasco vacío en el que ponía cicuta

- Ya hemos terminado, Cornelius. No hace falta que trate de excusarse más. Este veneno lo dice todo. ¡Llévenlo a la celda!
- Soy inocente. ¡Lo juro! - Y entre ahogos y llantos, Cornelius desapareció de la sala-

Al día siguiente, en el Foro no se hablaba de otra cosa. Canciones sobre la tragedia sonaban en mitad de la plaza. No había romano que no se interesara por lo ocurrido.

Entre los muchos cotilleos que esa mañana se oyeron sobre lo ocurrido, uno fue el más nombrado

- Han soltado a Cornelius. Al parecer, ha alegado que fue su esclavo quien le metió allí el veneno.
- ¡Qué vergüenza! - gritaba la gente- Lo que hace el poder. No podemos confiar en nadie, pues, ya incluso sueltan a asesinos a cambio de unas míseras monedas. ¡Qué clase de justicia es esta!

Efectivamente, la noticia era cierta. Cornelius Augustus, hijo de una importante familia de la época, había sido puesta en libertad aun teniendo todas las pruebas en su contra.

Pocos días más tarde, el Foro entero vio cómo una gran injusticia se había cometido. Pues, el generoso y valiente gladiador Cárneis, propiedad de la familia de Cornelius, había sido ejecutado en mitad de la plaza.

Entre los angustiosos rostros de todos los allí presentes, uno destacó sobremanera. Cecilia, hermana de la asesinada, lloraba desolada dejándose el alma en cada suspiro

- No me extraña que llore- decían todos- Este pobre muchacho muerto injustamente mientras el asesino de su hermana campa libre por sus anchas. ¡Qué desfachatez!

Cecilia, con la mirada perdida y el gesto nublado, corrió hacia su casa. Era cierto, su desasosiego era causado por la muerte de ese muchacho, pero no por lo que todos pensaban. Entró en su cuarto, se sentó en la mesa y comenzó a escribir una carta. Cuando la terminó, cogió un recipiente que tenía escondido y se lo bebió entero. Segundos después, cayó desplomada al suelo. Y, sin apenas moverse, poco a poco se le fueron cerrando los ojos, hasta que un último suspiro salió entrecortado de su garganta.

A los pocos minutos, una hermosa muchacha entró en la sala. Sus ojos, rojos y desbordados de lágrimas, terminaron por estallar cuando vio ahí tirado el cuerpo sin vida de su hermana.

Valeria, conmovida por todo lo ocurrido, se dirigió a la mesa del dormitorio, donde encontró una carta dirigida a ella. La carta que su nombre Cecilia escribió poco antes de morir. Con todas las fuerzas y valor que consiguió reunir, comenzó a leerla mientras su alma iba rompiéndose con cada palabra en ella escrita.

Querida y amada hermana:

No imaginas cuánto siento todo lo que, por culpa de mi torpeza e ignorancia ha ocurrido. Tú sabes que siempre te he querido más que a nada en el mundo, porque eras la única que me apoyaba y comprendía. Por ello, desde el primero momento en que me contaste el amor que a Cárneis y a ti os unía, supe que no podía quedarme de brazos cruzados. Es por esto por lo que, durante la ceremonia de los juegos seculares, eché un ungüento en tu copa que produciría en ti la sensación de muerte, pero que solo te mantendría dormida durante unos días. La solución que conseguiría ayudaros a escapar y que, al menos una vez en la vida, fuese el amor el que triunfara. Pero, una vez más, mi mal hacer lo estropeó todo. Quise inculpar a tu prometido, Cornelius, pues ya era hora de que pagara por todo el mal que ese matrimonio de conveniencia te ha ocasionado. Pero todo se echó a perder cuando ese engreído sacó a relucir sus malas artes. Logró inculpar a Cárneis, y el pobre muchacho pagó por un delito que a nadie correspondía más que a mí. Desde el momento en que vi su cadáver, supe que no podría soportar la culpa que mirar tu rostro desalentado me produciría. Por lo que, una vez más, decidí actuar egoístamente y quitarme la vida. Comprendo que en estos momentos estés furiosa y me odies con todas tus fuerzas. Solo espero que algún día puedas perdonarme por todo el sufrimiento que te he hecho vivir.

Por favor, prométeme que vas a luchar por alcanzar la felicidad. Que nunca te rendirás. Y, sobre todo, que nunca perderás esa valentía e ilusión que te hace única y especial.

Te quiere, tu hermana Cecilia.

Valeria dejó la carta sobre la mesa, respiró hondo y apenas sin aliento logró pronunciar cinco palabras que nunca alejará de su memoria.

Lo prometo, Cecilia. Lo prometo.